

Femenino plural



"No veo muchas mujeres en el campo", afirma Mari Carmen Pablo.

Las mujeres se incorporan lentamente al sector agrario: el 10% de las explotaciones riojanas están en manos de agricultoras

En el censo agrario figuran todavía pocos nombres femeninos. En La Rioja, de cada cien titulares de explotaciones agrarias, diez son mujeres. De ellas, el 25% tiene más de 65 años y, en su conjunto, poseen una extensión menor de tierras que los varones. El Plan de Desarrollo Rural alerta sobre la escasa participación de la mujer en las actividades del medio rural (no sólo agricultura, también turismo rural, iniciativas empresariales...) y fija como objetivo la incorporación de un centenar de mujeres a la actividad agraria hasta el 2006. La estrategia: mayor formación y un incremento del 10% en las ayudas a la primera instalaciones para jóvenes agricultores (de 18 a 39 años). El año pasado se aprobaron en La Rioja 47 solicitudes para iniciar la actividad agraria, 40 firmados por hombres y 7 por mujeres.

Por el entramado de cifras asoma una realidad que no figura en las estadís-

ticas oficiales, pero que todo el mundo conoce: las mujeres rurales (cinco millones de españolas viven en municipios de menos de 10.000 habitantes. Censo del 2000) trabajan en el campo sin salario, sin seguridad social y sin reconocimiento social. Un estudio realizado por la Asociación de Mujeres y Familias del Ámbito Rural (AMFAR) indica que el 70% de ellas compagina las tareas domésticas con otra actividad laboral (principalmente el campo), a la que dedica, de media, cinco horas diarias.

Al 'colectivo invisible', como se le ha dado en llamar a las mujeres que 'colaboran' en la explotación familiar agraria, la política comunitaria les ha dado, sin embargo, un papel protagonista en el desarrollo y mantenimiento de los núcleos rurales. La falta de recursos humanos, esto es, agricultores, es la principal traba para que siga latiendo el corazón de los pueblos.

Texto y fotografías: **Ch. Díez**



Mari Carmen Pablo, 16 años en la agricultura.



26

El caso de Alicia Rojas es una excepción que confirma la regla. Ella es tan visible que parece omnipresente en la finca de 800 hectáreas que posee al pie de la nacional 232, entre Ausejo y El Villar de Arnedo. En la portillera que da entrada al Collado de la Estrella, su nombre destaca en el muradal de piedra rústica; en la bodega, centenares de botellas de vino llevan rubricada su firma, a cualquier hora del día se puede ver su vigorosa figura entre los viñedos, el olivar o los prados, bien charlando con los trabajadores, bien con el móvil atendiendo a clientes; también en la cocina preparando la comida diaria o en el pequeño jardín que circunda la casa, echando de comer a las gallinas; cuando no, algún grupo entretiene su ocio escuchando sus explicaciones sobre los beneficios de la 'agricultura armoniosa', que, dice ella, es como denominan los franceses a la producción integrada. "Estos franceses siempre encuentran palabras bonitas para todo".

También el apellido de Mari Carmen se estampa, junto al de su marido, en la furgoneta en la que cada mañana llevan al mercado las hortalizas que cultivan en las fértiles tierras de El Cortijo. Hortalizas Sarramián Pablo dice el rótulo. Son las

verduras que han obtenido por tercer año consecutivo el primer premio del Concurso Agrícola que se organiza cada San Mateo en Logroño. Mari Carmen revuelve entre los papeles y saca un recorte de la revista que edita la Unión de Pequeños Agricultores (UPA), a la que está afiliada, y muestra la fotografía que ilustra la reseña. Es ella la que recoge el trofeo, de manos del director general David Isasi. Digamos que en esta explota-

En La Rioja, el 10% de las explotaciones están en manos de agricultoras.

ción los papeles están repartidos y a Mari Carmen le ha tocado el de dar la cara. Es miembro de la junta directiva de la Asociación para la Promoción del Pimiento Riojano y una de las principales impulsoras para que esta variedad adquiera un distintivo que acredite su calidad, es presidenta de la Asociación de Vecinos Carretera de El Cortijo y no deja de acudir a charlas, cursos o cualquier actividad que afecte a su vida privada o laboral.

A pesar de que la agricultura continúa siendo de género masculino, la presencia de mujeres en esta actividad es cada vez más palpable; aunque la incorporación está siendo más lenta que en otras categorías profesionales y las caras femeninas no abundan en puestos de responsabilidad de cooperativas, industrias agroalimentarias o asociaciones profesionales. Que no abunden no significa que no existan. Algunos ejemplos: Mercedes Salas es coordinadora general de la Unión de Agricultores y Ganaderos de La Rioja (UAGR), en la Unión de Pequeños Agricultores (UPA) otra mujer, Isabel Ochoa, está al mando de la Secretaría de Desarrollo Rural y en la Asociación Riojana de Agricultores y Ganaderos (ARAG-Asaja), Yolanda Ilundain lleva las relaciones del sindicato con los medios de comunicación.

Mari Ángeles Viteri, presidenta de la Asociación de Mujeres Agricultoras de La Rioja (AMAR) desde que se creó en 1988, confirma que "la incorporación de la mu-



"La precariedad laboral tiene nombre de mujer", señala Mari Ángeles Viteri.

Alicia Rojas, dos décadas al frente de una hacienda de 800 hectáreas.

jer está siendo muy tímida, no sólo a la agricultura, también hay muchas dificultades para que se tomen iniciativas empresariales en el medio rural". Esta agrupación se incorporó en 1992 a la Confederación de Centros de Desarrollo Rural y un año más tarde impulsó en La Rioja el Centro de Desarrollo Rural Pueblos Vivos, donde se programan actividades para todo el colectivo rural en un intento de mantener vivos los pueblos, como su propio nombre indica.

Sembrado de ausencias

Que durante años el campo haya estado sembrado de ausencias, sobre todo femeninas, y que todavía hoy el relevo generacional parezca una carrera de obstáculo ha provocado un envejecimiento de la población rural que ha puesto en alerta a los gestores del Desarrollo Rural. Quedarse en el pueblo y vivir del campo más que una opción profesional es una forma de vida, de la que, en muchos casos, las mujeres no quieren ni oír hablar.

Mari Carmen sí quiere y puede hablar de ello. Está casada con un agricultor, es amiga de mujeres de agricultores y conoce a muchos agricultores, buena parte, solteros. La primera advertencia que recibió de sus padres (agricultores) cuando anunció su boda con un agricultor fue contundente: '¿ya sabes dónde te metes?'. El caso es que dejó la fábrica y comenzó a trabajar en el campo, junto a su marido. Los primeros años, "sin papeles", como buena parte del colectivo femenino rural; pero, luego, pensó: "hacer un trabajo, porque hay que hacerlo seas agricultora o no, y no tener ningún reconocimiento laboral ni social no me cuadra. Así que hace 16 años que me di de alta en la Seguridad Social Agraria". Es un paso que todavía dan pocas mujeres en el campo. Según los datos de la Encuesta de Población Activa, reflejados en un estudio reciente de la sociedad Saborá, son 370.000 las mujeres que trabajan en el campo, ya sea por cuenta propia (220.000) o como asalariadas (150.000), y suponen un tercio de la población activa rural.

Sin embargo, si atendemos a la colaboración o ayuda familiar en la explotación, el esfuerzo de las mujeres representa el 82%. Más de la mitad no cotiza por



desempeñar una actividad económica, aunque están cubiertas por la Seguridad Social del marido. No obstante, en los últimos 25 años se ha experimentado un importante crecimiento del número de mujeres asalariadas y autónomas en el campo. Una tendencia que, según todas las previsiones, seguirá aumentando si se tienen en cuenta la preferencia de mano de obra femenina para determinados trabajos, como ha ocurrido con la contratación concertada de mujeres rumanas para la recolección de fresa en Huelva.

Menos tierra, más mujeres

"Cuanto mayor es la explotación, es menos probable que la dirija una mujer". Esto dice en un informe de la Comisión Europea sobre el papel y la situación de la mujer en la economía de las zonas rurales. Otro dato: 45 mujeres de cada 100 hombres son propietarias de explotaciones de menos de una hectárea y 18 mujeres de cada 100 hombres poseen ha-

ciendas de más de 100 hectáreas (Informe de AMFAR).

Alicia Rojas no había visto nunca una cepa de cerca. Ahora controla la producción de 125 hectáreas de viñedo, además de 250 de cereal y 7 de olivo. Pasó de gestionar una empresa de diseño de bisutería en Bilbao a una explotación agrícola y ganadera en un abrir y cerrar de ojos. El tiempo que le costó decidir, tras la muerte de su padre, que debía continuar el trabajo que él había empezado. "Pensé que esta finca era lo más importante y que tenía que respetar los años que mi padre había invertido aquí. Era el patrimonio de mi padre y se iba al carajo si yo no me hacía cargo de él. Mi padre merecía que hiciera este esfuerzo", señala con la mirada puesta en el año 82, cuando llegó a una finca "inmensa, mal gestionada y complicada de mantener". Alicia Rojas atraviesa de puntillas y con cierta ironía sus primeros años en El Collado de la Estrella: "Empecé a hacer los cursos que



"Con un poco de información y ayuda, las mujeres podrían hacer mucho por la economía de esta región", dice Alicia Rojas.

Las mujeres suponen un tercio de la población activa en el sector primario.

organizan los sindicatos en los pueblos por la noche. Los agricultores me miraban como un bicho raro y pensaban, claro, que iba a durar dos días. Y realmente el primer año fue un auténtico desastre, llevaban razón, todo me salió mal. Hasta cayó un pedrisco". Pero pocos conocían entonces la osadía - "más bien inconsciencia", corrige ella- de esta mujer, que ha conseguido en estas dos décadas levantar la finca de la ruina y ponerse a la cabeza en la lista de productores ecológicos que hay en La Rioja. Primero fue construir una bodega e ir reconvirtiendo un viñedo obsoleto con mayoría de variedades blancas. Despues ampliar la superficie de viña y elaborar el vino. Luego, embotellar con marca propia. Ahora tiene en el mercado crianza, reserva y ecológico. Quedan atrás, muy atrás, los primeros años de instrucción y cierto rechazo en los que Alicia Cañas se dejaba caer por el Ibiza en época de vendimias para enterarse de los precios de la uva. "No me enteraba de nada porque, al ser mujer, me hacían el vacío y tenía que irme como había venido".

En aquella misma época Mari Carmen Pablo ponía todo su empeño y energías en compaginar su papel de ama de casa, madre y trabajadora. "Fueron los peores años, entonces odiaba el campo, me volvía loca entre la huerta, la casa y los hijos". Fueron años duros que poco a poco fue domando hasta hoy. Con un hijo de 21 y otro de 14, con la casa a un palmo de la huerta y con muchas energías todavía, Mari Carmen tiene organizado el día al milímetro. La jornada de trabajo tiene un comienzo y un final y se para a comer a la una y cuarto. "Aunque somos del campo tenemos un horario", dice. Se levanta a las 8 de la mañana, lleva a su hijo al colegio y cuando vuelve, se va a la huerta. En alguna de las parcelas que tienen diseminadas en la carretera, que en su conjunto suman 22 fanegas, su marido Félix la espera para planta, limpiar o recoger lechuga, puerro, cebollas, acelgas, borraja, patatas o cualquier otra hortaliza de temporada. A las 12 y media vuelve a casa a preparar la comida. A las 3 están otra vez en la huerta, hasta que anochece. Y luego, lavar, planchar, preparar la cena, ... Y, la mayoría de las noches, o cursos o reuniones.



El ajetreo del día a día aún le deja tiempo para mirar a su alrededor: "No veo muchas mujeres en el campo. Trabajando, todavía hay alguna, pero en las reuniones, muy pocas. Y más jóvenes que yo (43 años), ninguna", señala. En su opinión, "la mayoría de los agricultores jóvenes o no están casados o sus mujeres no quieren saber nada del campo". No sólo las mujeres, tampoco los hombres siguen el camino paterno. En la carretera de El Cortijo, una de las zonas más próximas e idóneas para el cultivo de la hortaliza, hay más terreno ileco que cultivado. Los agricultores se van jubilando y la tierra se jubila con ellos.

Más formación y ayuda

Pero si la mujer rural ha jugado un papel secundario en la actividad agraria, no ocurre lo mismo con el desarrollo cultural y social de los pueblos, del que son las principales impulsoras. El auge del turismo rural y, con él, de las actividades artesanales y de carácter etnográfico, está teniendo respuesta gracias a la iniciativa de muchas mujeres que viven en los pueblos. La orientación de la política comunitaria en cuanto a Desarrollo Rural es bien clara en este sentido: propone la diversificación de actividades para compensar la caída de rentas de las pequeñas explotaciones y en esa diversificación es primordial el papel de la mujer. A juzgar por un estudio encargado por el Instituto de la Mujer, las principales inversiones realizadas por mujeres en diez comarcas españolas del Objetivo 1 (zonas deprimidas) han ido a parar al turismo rural, el 70%. El pequeño comercio, la venta de artesanía y la industria tradicional de las conservas vegetales se han llevado el resto.

"Es de vital importancia para motivar a las mujeres que vean cómo han actuado otras mujeres, qué labores han tenido y cómo las han superado", señala Mari Ángeles Viteri. Por eso, desde la Asociación que preside se organizan con frecuencia visitas a empresas o explotaciones llevadas por mujeres, en las que participan tanto las asociadas como mujeres de otras agrupaciones rurales. ¿Pero han obtenido resultados? "Algunos, pero muy tímidos. Si quieren que las mujeres participen activamente en la economía de los pueblos, necesitamos más ayudas y medidas diferenciadoras". Además de las ayudas, desde esta agrupación reclaman más formación: "no todo son manualidades -dice Viteri con cierta ironía-. Si hay que afrontar los cambios, si quieren que los pueblos se mantengan, hay que empezar por la formación".

Opinión que también comparten Alicia Rojas y Mari Carmen Pablo. De hecho, ésta última ha aprovechado un curso de informática del sindicato para comprar un ordenador con el que llevar las cuentas de la explotación. "Hay que estar al día", señala. Por su parte, Alicia Rojas insiste: "aquí hay mujeres estupendas que con un poco de información y ayuda podrían hacer mucho a la economía de esta región".

Las dificultades que han tenido que superar han quedado atrás. Para el futuro: Mari Carmen Pablo quiere sacar al mercado los productos que cultivan en la huerta con etiqueta propia. "Todavía lo tengo en hilvanes. Es la primera vez que vamos a pedir ayudas. A ver qué pasa".

Alicia Rojas contempla en el horizonte unos olivos todavía jóvenes que le han dado este año su primer aceite ecológico. ¿Más proyectos? "Proyectos, hasta el final".